

MONA
L B X

EL TEATRO CHILENO Y SU MOMENTO DE ORO

Pocas cosas más interesantes de estudiar que cuanto se relaciona con el origen y desarrollo de las actividades teatrales en nuestro país. Probado está que desde los primeros tiempos de la colonia, ya era costumbre entre nosotros agregar al programa de las solemnidades públicas la representación de alguna **far-
sa**, como se decía entonces por las piezas de teatro, especialmente por las que requerían el empleo de maroma y aparato escénico. En nuestros cronistas, investigadores y simples narradores encontramos abundantes datos sobre el particular; mas no hemos de uti-



V. Domingo Silva.

público en su tiempo. El gusto por los espectáculos teatrales ha existido siempre entre nosotros, y sin duda, el teatro nacional, tal como ahora lo concebimos se habría desarrollado y afirmado mucho antes, a no ser por la irrupción de la zarzuela española, que se absorbió las aficiones del público. "Esto matará aquello", dice una vieja frase. Pues bien, la zarzuela, que se inició entre nosotros por el sistema de **tandas** a modestísimo precio de diez centavos la entrada a galería y que reinó sin contrapeso durante unos treinta años, cedió el paso al cinematógrafo y a la tonadilla. Espontáneamente revivió el gusto por el teatro llamado de verso, o sea por las piezas sin música; compañías españolas y americanas han podido realizar temporadas excelentes y al fin, después de repetidas tentativas, nuestros autores han saboreado la satisfacción de ver

sus obras representadas por compañías nacionales. Lo del teatro propio ha dejado, pues, de ser la quimera irrealizable de unos cuantos ilusos.

Como no está en nuestro ánimo el hacer un balance de méritos adquiridos ni una liquidación de valores, no vamos a citar a todos los que, directa o indirectamente han contribuido a la obra común. Sería ingrato no reconocer el esfuerzo de algunos intelectuales de pasadas generaciones, tales como don Carlos Bello, autor de **Los Amores del poeta**; don Luis Rodríguez Velasco, a quien se debe **Por amor y por dinero**, comedia en verso que alcanzó gran popularidad; o don Daniel Caldera, ingenio brillante que nos dejó su famoso **Tribunal de honor**, considerado durante muchos años como la me-



Isaura Gutiérrez.

lizarlos por esta vez, ya que no es nuestro propósito el de escribir un artículo histórico sino meramente informativo.

Se habla a menudo de la **formación** del teatro nacional, lo que envuelve la idea de crear y dar vida a algo que jamás existió. Sin embargo, el presente estado de actividad en cuanto se refiere a obras y compañías, no debería considerarse sino como una resurrección, aun cuando el teatro criollo,—hecho por autores para actores nativos,—empiece sólo ahora a ser una realidad. La historia conserva los nombres de Cáceres, español; de M. rante, uruguayo; de Vasquez, argentino; de Lucía Rodríguez, chilena, y de otros artistas que fueron favoritos del



María Padín.

jor producción del teatro chileno. Más apreciable nos parece, con todo, la labor de autores costumbristas, como don Daniel Barros Grez, don Román Vial y don Juan Rafael Allende, cuya copiosa producción, bastante defectuosa en cuanto a forma y procedimientos, tiene un valor innegable por la fidelidad y viveza de sus pinturas y por su fondo moral.

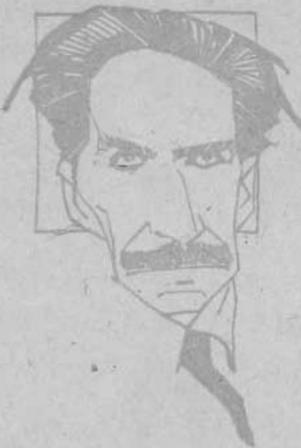
Procediendo en justicia, hay que convenir en que es piadoso el olvido que cubre con su polvo todo aquel período de nuestra literatura teatral, en la que no se podría alabar sino la buena intención y en la que si algo sobra es la inexperiencia, y si algo falta, la originalidad.



Elena Puelma.

ios que bajo la dirección de Bágüena y Bührie y utilizando lo más moderno de nuestra producción habrían de organizarse por fin la primera compañía con derecho a llamarse nacional. Pero para llegar a esto, fué preciso que compañías argentinas, realizando entre nosotros temporadas de gran fruto pecuniario y artístico, nos demostrasen la posibilidad de hacer lo mismo. Efectivamente, el éxito de las jiras de Podestá, Mario-Padrín y Ballerini, que nos dieron a conocer lo más granado del teatro rioplatense, y que estrenaron también algunas obras de nuestros autores, hizo que los chilenos se formularan ya seriamente esta pregunta: "¿De modo que todos los países, menos el nuestro, han de ser capaces de producir buenos cómicos y buenos autores?" Sin vana jactancia debemos recordar que desde 1911—año que pasamos en Buenos Aires estudiando el teatro (1)—veníamos procurando, en conferencias y en artículos, demostrar que, puesto que contábamos en Chile con la materia prima, la formación del teatro propio dependía sólo del espíritu de empresa que reuniese y organizase el elemento escénico. Sería impropio no mencionar las tentativas ya hechas en ese sentido por el estimable actor De la Sotta; pero hay que decir también que, falto de experiencia técnica, de capital y sobre todo de estímulos morales, el joven ar-

(1) Justo es recordar que recibimos ese encargo del intendente de Santiago, don Pablo A. Urzúa, funcionario que hasta sus últimos años dedicó preferente atención al desarrollo del teatro chileno.



Acevedo Hernández.

tista, laborioso como pocos, debió contentarse siempre con la sola satisfacción de ambicionar legítimamente una conquista que estaba destinada para otros.

Un cuadro formado en el Sur con elementos dispersos de la compañía Pellicer y en el que figuraban Enrique Bágüena, Arturo Bührie, Elena Puelma, Asunción Puente, Pilar Matla, Elsa Alarcón, Juan Ibarra y algunos otros, fué la base de la primera compañía netamente nacional. A ella se agregó como primer galán, el poeta Pedro Sienna que llegaba del extranjero, después de haber hecho una gira de aprendizaje al lado del actor Jambriña. Esta compañía, convenientemente reforzada y bajo los auspicios de la Sociedad de Autores, pasó a actuar triunfalmente en los teatros de Santiago y Valparaíso en el año 1918 y realizó una gira igualmente provechosa por las provincias del Norte. Los autores estaban de plácemes, y si no todos lograron estrenar, todos pudieron por lo menos, ver que se abría un vasto campo a sus actividades.

En 1919, los esposos don Arturo Mario y doña María Padrín, que después de una jira por Chile y el Perú se habían acercado en nuestro país dedicándose al arte cinematográfico, formaron una nueva compañía nacional que hizo una temporada magnífica en el Teatro de la Comedia y otra en la Victoria de Valparaíso, desde donde continuó, siempre con éxito, hacia la región del Sur. En esta compañía vimos figurar al primer galán Italo Martínez, artista de excelente escuela; a Evaristo Lillo, antiguo compañero de Bührie en la zarzuela; a las damas jóvenes Andrea Ferrer (de quien todavía se recuerda su creación de Rebeca en "Pueblecito") e Isaura Gutiérrez que es hasta ahora la más hermosa esperan-

za entre el elemento femenino del teatro nacional; a nuestro antiguo conocido Nicanor de la Sotta y a otros que el carácter sumario del presente artículo no nos permite mencionar.

Nos parece excesivo, por la misma razón, referirnos con detenimiento a la compañía Bágüena-Lillo, que ha realizado este año, por las provincias del Norte, una gira bastante fructífera y que actualmente lleva su carro hacia la región austral. Bástenos decir que, sin perjuicio del repertorio que pudiéramos llamar "clásico", ha dado a conocer una docena de obras nacionales de diversos autores. Tampoco hemos de extendernos acerca de las brillantes temporadas de más de dos y tres meses, respectivamente, que ha hecho este invierno en Valparaíso y Santiago, la compañía Mario-Padrín, las que le han permitido agregar a su ya vasto repertorio criollo no menos de quince nuevas obras cómicas y dramáticas. A estas dos compañías podría añadirse aún, ensanchando un poco la manga, el conjunto que con el nombre de Ros-Flores se ha dirigido a Punta Arenas y en el que figuran algunos elementos nacionales.

Cuando se piensa que hace apenas unos cuantos años era para nuestros autores un señalado favor el que se les aceptase y estrenase una obra; cuando se recuerda que nuestros artistas más populares y queridos tenían que emigrar del país o resignarse a ser segundas y terceras partes en compañías extranjeras, hay motivo sobrado para considerar con optimismo el porvenir que le espera al teatro nacional. Obligados a citar algunos



Armando Moock.



Carlos Carioia.

EL TEATRO CHILENO Y SU MOMENTO DE ORO



Pedro Sienna.

nombres—y hasta el nuestro—habríamos deseado no incurrir en ninguna omisión, pues ya sabemos lo que esto significa entre autores y entre actores.

dos entidades simpatiquísimas aunque dominadas por la puntilliosidad y el recelo. A todos nuestros compañeros les reconocemos hidalgamente sus méritos intrínsecos y su cooperación a la labor común; y, si en el curso del presente artículo no hemos mencionado a autores tan dignos de nota como Cariola y Frontaura (en razón social y por separado), Acevedo Hernández, Díaz Meza, y tantos más cuyos nombres se nos vienen a los puntos de la pluma, eso debe atribuirse únicamente a la premura de la improvisación y a la limitación del espacio de que nos es dado disponer. Otrosí digo, por lo que respecta a los hermanos de la farándula...

Y terminamos estas líneas con un credo rotundo en el porvenir de nuestro teatro, del que estimamos que se acerca a su momento de oro. El público lo aprecia, ha aprendido a quererlo y acabará por preferirlo. Gran parte de responsabilidad nos cabrá a nosotros los autores si por desidia, por rencillas profesionales o por pueril afán de preeminencia, impedimos que el vigoroso retoño de hoy llegue a ser el árbol frondoso de mañana, olvidando que nuestro Decálogo



Arturo Mario.

se encierra en estos dos preceptos: "Escribir con talento y estrenar con aplauso".

VÍCTOR DOMINGO SILVA.